

dermens, y al clero la de sus dignatarios. Una conjuración de nobles le proporcionó pretexto para ejercer numerosos rigores. Sus mismos hermanos los duques de Albany y de Gloucester, ayudados por Eduardo IV de Inglaterra (1482), empuñaron las armas en su contra, declarándole bastardo, y le hicieron prisionero. Si le restauraron después en el trono fué para intentar segunda vez su caída. Viendo Jacobo III á los nobles irritarse porque se rozaba con personas de bajo nacimiento, ordenó que nadie entrara en su castillo con armas; y como los nobles no iban nunca sin una numerosa comitiva de armados, vieron en esta medida su exclusión de la corte. De consiguiente recurrieron á la rebelión entonces; y habiendo atacado en Bannokurn al rey, que pereció en la batalla, proclamaron en su lugar á Jacobo IV, su hijo (1488).

Jacobo IV.—Este príncipe, por medios menos despóticos, desplegando igual firmeza, si bien con más generosidad y magnificencia, supo terminar en ventaja de la corona sus luchas con la aristo-

cracia. Reprimió los asesinatos con leyes y con procesos, y los *lores del consejo cotidiano*, residendo fijamente en Edimburgo, auxiliaron poderosamente á los lores de sesión. Habiendo espirado la tregua celebrada con Enrique VII, estaban á punto de estallar de nuevo las hostilidades que duraban hacia ciento setenta años, cuando se concluyó al fin una paz perpétua entre los dos reinos (1503), y se selló con el matrimonio de Jacobo IV y Margarita, hija de Enrique VII. Esta era una débil garantía, contra odios inveterados, y así no impidió á Jacobo IV tomar partido por la Francia contra Inglaterra (1513), con cien mil hombres, el ejército más fuerte que habia levantado hasta entonces Escocia. Pero murió el rey en la batalla de Floden con la flor y nata de su nobleza, doce condes, trece lores, cinco primogénitos de pares y un gran número de barones. Agotada la Escocia de resultados de tal descalabro, permaneció desde entonces como blanco de las intrigas rivales de la Francia y de la Inglaterra.

CAPÍTULO XII

IMPERIO DE OCCIDENTE.

El sacro imperio romano, en quien la fuerza parecía santificada por la religion, habia dominado á la Edad Media, unas veces de acuerdo, otras en lucha de supremacía con los papas que consagraban á los Césares. Reuniendo á su territorio la Lorena en tiempo de Enrique el Pajadero, la Italia bajo Oton I, el reino de Arlés bajo Conrado II, las Dos Sicilias bajo los Hohenstaufen; introduciendo la civilización y el orden social en los esclavos de Bohemia, del Elba, del Saale y del Vístula; sirviéndose de los reyes para ministros, de las reliquias para joyas de la corona, habia hecho renacer, aunque mitigándola, la supremacía de la antigua Roma. Las cuatro potencias germánicas habian ido prevaleciendo alternativamente y con ellas el poder imperial; pero la manía de conquistar la Italia alteró su constitución. En la guerra de las Investiduras se perdió el derecho de elegir los obispos; en la liga lombarda el derecho de elegir los magistrados de la ciudad, por lo cual la clase de ciudadanos quedó libre de la sociedad feudal. Desmembráronse en la lucha las posesiones imperiales, las cuales habia Federico prodigado para atraerse partidarios; y si aquellas se hubiesen agregado á los primitivos ducados, no se hubiesen formado tantos reinos distintos; pero aun éstos en parte eran destruidos, en parte adjudicados á la corona y en parte subdivididos; separáronse los arzobispos de ellos, y de esta suerte se formaban tantos poderes indeterminados que crecían sin que en ellos se pusiese atención. El derecho de nombrar á los anticésares se limitó á unos cuantos electores. Las clases medias, pues, se iban poniendo en el lugar que ocupaban los invasores armados; las pequeñas soberanías en el de las grandes nacionalidades; el Imperio metiéndose en cuestiones con los papas, dejó de parecer el tutor de las libertades y perdió el carácter religioso que le habia

impreso Carlomagno. No reunió tampoco á toda la Germania en la unidad imaginada por Oton, sino que vino á ser un reino como los demás, dividido entre príncipes menos dependientes entre sí cada día, y los jefes tendían á convertir en hereditaria en su familia una dignidad cuya esencia era el ser electiva (1).

En el intervalo designado con el nombre de *grande interregno* (1254-73), porque si hubo emperadores, ninguno fué generalmente reconocido, no hubo una autoridad capaz de unir las diversas partes de la Alemania. El ducado de los Federicos que además de la Suabia, abarcaba la Helvecia y la Alsacia, se dividió entre muchísimos, no solo prelados y condes, sino tambien villanos que conquistaron una libertad no particular á cada uno de ellos, sino estensiva á todos los demás Estados; y en vez de los duques, hubo intendentes que administraban las rentas que el emperador sacaba.

Tambien se fraccionaron los grandes ducados de Alemania: del ducado de Sajonia se separaron los marqueses de Brandeburgo: la Helvecia fué dividida en cincuenta condados y en ciento cincuenta baronías: el arzobispo de Colonia vió á sus vasallos sustraerse á su obediencia, como tambien otros muchos príncipes y ciudades: del ducado de Baviera se habian ya separado el Austria, la Carintia, la Estiria, sin contar divisiones menores. La Franconia, en la época en que se estinguió la casa

(1) Federico Schlegel, tan encomiador de los príncipes austriacos, dice que «el intervalo de Rodolfo á Maximiliano, puede ser llamado el período bárbaro respecto de las costumbres y del gobierno.» *Cuadro de la Hist. moderna.* Vease tambien J. D. OHLENSCHLAGER, *Historia del imperio romano en la primera mitad del siglo XIV, é Historia del interregno.*

sálica, había sido dividida entre los landgraves de Hesse, los condes de Nassau y el obispo de Wurtzburgo, sin contar el conde palatino. También la Lorena fue distinguida en Alta y Baja, perteneciendo la primera á los condes de Alsacia, y la otra á los condes de Lovaina; y de esta misma provincia se formaron además los condados de Holanda, Zelanda, Frisia, Juliers, Cléveris y otros. Muchos francos alodios fueron reducidos á feudos por el homenaje voluntario de sus poseedores, como los de Brunswick y de Luneburgo, que fueron erigidos en ducados. Los eclesiásticos estaban exentos de contribuir al sostenimiento de la corte; las ciudades imperiales se titulaban libres y se acostumbraban á no pagar los impuestos, y los cuatro príncipes electores del Rhin se repartían entre sí el imperio. Véase aquí, pues, la gran monarquía de Oton el Grande convertida en una poliarquia, en una confederación incierta, donde todos los feudatarios pretendían no ser vasallos más que del Imperio, aun en los países hereditarios, cuando ya se habían sustraído de toda jurisdicción y elevado á la soberanía.

Y ejercíanla efectivamente con el derecho del puño, esto es, haciéndose la guerra unos á otros; serios pasos de armas que convertían el imperio en un continuo campo de batalla. Algunos se hacían formidables, solo con ayuda de su espada, como Eberardo de Wurtemberg, quien había inscrito en su bandera: «Amigo de Dios, enemigo de todos los hombres.» En tal desbarajuste, buscaba cada uno el orden dándose un sistema interno, y con ligas de defensa y ofensa se iba preparando para después la confederación general. Tal era el *ganerbinat* de los nobles inferiores, cuya primera condición era fortificar un castillo para proporcionar á todos un refugio, poseer y heredar en común (*gemein-erben*). Formaron las ciudades la confederación del Rhin y de la Hansa. Por último, como la justicia imperial estaba embarazada ó usurpada, los Estados que deseaban permanecer en paz, constituyeron una arbitraria (*austreghe*), que sobrevivió al desorden, como salvaguardia de la independencia.

Bohemia.—Entre los señores de esta época prevalecía Ottokar de Bohemia. Los habitantes de esta comarca son vástagos de los checos, nación eslava que se trasladó desde las riberas del Don á las tierras ocupadas algún tiempo por los boyos, y luego por los marcomanos. Praga obtuvo la preeminencia sobre los demás Estados, hasta el momento en que Craco se hizo rey del país, y dió su hija Libusa á un Przemysl, de quien son vástagos los duques de Bohemia hasta el año 1310. Esto es lo que la tradición dice; pero la historia no adquiere certidumbre hasta la época en que Santa Ludmila indujo al duque Borzivoj I á recibir el bautismo (894), y en que Spitzignew y Wratislao, sus hijos se hicieron vasallos del emperador de Alemania. En tiempo de Conrado II, Ulrico I quitó á los polacos la Moravia, habitada por es-

lavos. Su hijo Brzetislao I decidió que la corona pasaria por sucesión, no al hijo menor del duque difunto, sino al miembro de más edad de su familia.

Justicia de los bohemios.—El título de rey atribuido personalmente á Wratislao II (1088), luego á Wladislao II (1140), con el cargo de copero mayor, fué conferido hereditariamente á Przemysl Ottokar I (1197), quien habiendo adquirido fuerza al favorecer unas veces á Felipe, otras á Oton IV, fué admitido entre los electores del Imperio: anuló la *justicia de los bohemios* para sustituirla con el orden de primogenitura, reservando al arzobispo de Maguncia el derecho de coronar á los reyes (1230).

Bremislao Ottokar II.—Bajo Wenceslao III, su hijo, tuvo lugar la irrupción de los mongoles, que no habiendo podido penetrar por medio de las gargantas de Bohemia, de donde fueron repelidos, devastaron la Moravia. Przemysl Ottokar II (1259-78), hijo y sucesor de este príncipe, reunió á sus Estados el Austria, la Moravia, la Estiria, la Carintia, la Carniola, la Marca de los Venetos y Pordenon. A la cabeza de sesenta mil cruzados cayó sobre los prusianos idólatras y dió la Sambia á la orden Teutónica. También hizo la guerra á Bela, rey de Hungría (1260), y le derrotó completamente en Kressenbrunn. Cuando hubo rehusado por dos veces el imperio que le fué ofrecido, los príncipes, amenazados de excomunicación por Gregorio X, si le dejaban por más tiempo vacante, fijaron su elección en un señor cuya debilidad les hacía esperar que le dirigirían á su antojo.

Casa de Austria.—La adulación ha querido remontar la casa de Habsburgo hasta Eticon, duque de Alsacia, en 684, de quien son vástagos las casas de Lorena y de Baden: pero es lo cierto que dicha casa no poseía en los tiempos que vamos describiendo más que el castillo situado en Suiza y del cual trae su nombre. Rodolfo había sido educado en la corte de Federico II y después se había refugiado á la de Ottokar. Habiendo dado muerte durante los disturbios del interregno á Hugo de Tiefenstein, ocupó sus dominios y los de otros señores, lo cual le hizo poseedor de diferentes tierras en la Suabia, y en el canton de Zurich, de los condados de Kiburgo y de Baden, así como tuvo el patronato de los cantones forestales de Uri, de Schwitz y de Unterwald. Después al frente de una banda que seguía el partido de Conrado IV, había saqueado los arrabales de Basilea y quemado un monasterio, á consecuencia de lo cual había sido escomulgado.

Pasaba por prudente y religioso: remendaba por su propia mano sus vestidos, y el único gasto algo importante que resulta de sus cuentas, es el que se vió obligado á hacer para comprar vestidos nuevos, así como á su mujer y á sus hijos. Cierta día que iba de caza encontró á un sacerdote que llevaba el Viático y se descalzaba para vadear un torrente. Apeándose en seguida hizo que montara en su lugar el sacerdote y le acompañó hasta el pueblo: después regaló á la iglesia su palafren dicien-

do: «Un caballo que ha llevado encima á Nuestro Señor, nunca podrá servirme de cabalgadura.»

Este cura llegó á ser secretario del arzobispo de Maguncia, quien al dirigirse á Roma, para tomar el palio, se había hecho escoltar á costa de dinero por Rodolfo en atención á la poca seguridad de los caminos. De consiguiente en el momento en que se trataba de saber á quién se adjudicaría la corona imperial, el conde de Habsburgo ocurrió á la mente del prelado: también fué del agrado de los demás electores, porque como señor de pequeño Estado, le suponían incapaz de querer dominar á todos, y siendo viudo con muchas hijas casaderas, esta circunstancia les proporcionaba ocasión de adquirir ascendiente contrayendo con él vínculos de parentesco.

Rodolfo I.—Fué, pues, electo; y como faltara en la ceremonia de la coronación el cetro sobre el cual debían prestar los vasallos homenaje, cogió una cruz, exclamando: *Este signo que ha salvado al mundo, puede sustituir al cetro*; escena que entusiasmó á la muchedumbre (16 octubre de 1273).

Ottokar protestó contra la elección como ilegal, lo cual ofreció á Rodolfo ocasión de sacar á su familia de la oscuridad. En efecto, habiéndose reconciliado con la Santa Sede cediendo al papa cuanto quiso de Italia; habiendo casado á sus hijas con príncipes cuyos dominios rodeaban los del enemigo, le declaró fuera de la ley del imperio, y llamó bajo su bandera á la nobleza de la Suabia y de la Alsacia. Entrando entonces en Austria, obligó á Ottokar á que le cediera este ducado, así como la Estiria, la Carintia, la Marca de los Venetos y Pordenona, y á recibir de su mano y de rodillas la investidura de la Bohemia y de la Moravia.

Dícese que Rodolfo había tomado sus disposiciones para que las cortinas del pabellon cayesen en el momento de la ceremonia, de manera que todo el ejército pudiera ver á su rival postrado á sus plantas. La cólera infundió nuevo valor á Ottokar humillado, y se preparó otra vez á la guerra; pero la habilidad calculada de su enemigo aventajó á su valor heroico y apasionado. Rodolfo sobornó á los moravios, quienes haciendo traición á Ottokar en el campo de batalla, determinaron su derrota y su muerte (1278). Entonces Rodolfo ocupó la Moravia y la retuvo en su poder para los gastos de la guerra, y dejó la Bohemia á Wenceslao, hijo del rey difunto, á condición de que se casaría con una de sus hijas. Formó del Austria, de la Estiria y de la Carniola, un patrimonio á su hijo Alberto (1282), burlando ó acallando así las esperanzas de los príncipes que le habían prestado ayuda, y las reclamaciones de los herederos de los bienes alodiales, así como las de Viena, á la cual había declarado ciudad libre.

Tal fué el origen de la casa de Austria, que debía luego hacer la corona germánica casi hereditaria hasta el momento en que erigiera en imperio sus propios Estados aumentados considerablemen-

te. Rodolfo hubiera debido dirigirse á Italia para recibir allí la corona; pero halagando siempre al pontífice, y cediéndole toda pretensión sobre el patrimonio de San Pedro, al cual no tenía ningún derecho por no estar todavía coronado, supo sustraerse á esta formalidad; porque comparaba la Italia á la caverna del leon, donde la zorra descubría mil sendas para la ida y ninguna para la vuelta.

Es verdad que no dejaba de tener mucho que hacer en Alemania para restablecer allí la autoridad imperial, para poner término á las guerras privadas, abolir los privilegios prodigados por los Césares efímeros, y hacer que volvieran al tesoro los derechos reales. Después de haber quebrantado á los más poderosos con las armas y con la demolición de una multitud de castillos (setenta solo en Turingia), recorrió el país administrando justicia en persona. *No me han hecho rey para que me esconda*, decía. Según los términos de la paz pública que proclamó, ciertas provincias se comprometieron por juramento á no hacerse ninguna violencia y á administrarse mutuamente justicia. No contento con haber colocado á sus hijas sobre tronos (2) y con haber sacado á su familia de una cabaña, como él decía, para elevarla al mas alto grado de poderío, hubiera querido asegurar á su hijo el imperio; pero antes de haber podido vencer la repugnancia de los electores, murió á la edad de setenta y un años (1291).

Adolfo de Nassau.—Alberto, su hijo, ocupó al punto el castillo de Trifels, donde estaban custodiadas las joyas de la corona; pero los electores que habían tenido pruebas de su dureza y de su avaricia, dieron la preferencia á Adolfo de Nassau (1292). Aunque pertenecía á una de las mas antiguas familias de Alemania, era el príncipe mas pobre que había ascendido nunca al Imperio, si bien al propio tiempo el caballero más denodado y más generoso de su siglo. Después de haber derrotado en cinco batallas á Juan I, duque de Brabante, cayó en sus manos á la sesta.—*¿Quién eres?* le preguntó el duque cuando fué conducido á su presencia.—*El conde de Nassau, pobre señor del imperio. ¿Y tú?*—*Juan, á quien has hecho una obstinada guerra, matándole cinco generales en cinco batallas.*—*Me sorprende que tú te hayas librado de mi acero, que contra tí sólo iba dirigido.* Esta intrepidez agradó al duque, quien le despidió asegurándole su amistad y haciéndole regalos.

El nuevo emperador imitó á Rodolfo aspirando á mantener la paz y la justicia, á proporcionarse aliados por medio de matrimonios, y á enriquecer á su familia con los principados del imperio. Pero

(2) Las casó con Luis, conde palatino del Rhin, duque de Baviera; con Alberto, duque de Sajonia; con Oton, marqués de Brandeburgo; con otro Oton, duque de Baviera; con Wenceslao, rey de Bohemia; con Carlos Martel, rey de Hungría; con Thierry, conde de Cléveris.

Alberto de Austria, desesperanzado de obtener una corona esperada, reunía amigos á su lado. Habiendo puesto un ejército en pié de guerra, hizo declarar á Adolfo destituido del trono, como culpable de robos, de asesinatos, de violaciones, de sacrilegios, y en fin, de todos los desmanes con que se habían manchado sus tropas: luego habiendo llegado á las manos con él en Gelheim, donde le venció, comprando á los electores con dinero y concesiones, se hizo coronar (2 julio de 1298).

Alberto I.—Lívido de semblante y tuerto, severo, hostil á toda libertad, Alberto podrá ser alabado por su firmeza, si bien sólo por boca de aquellos que llaman con este nombre el partido adoptado de hacer su voluntad en todo. Tuvo el sentimiento de haber enseñado á los electores que podían destruir su hechura, y trémulo oyó decir al elector de Maguncia: *Con mi cuerno de caza puedo hacer salir de la tierra reyes de romanos*. El papa Bonifacio VIII le citó á su presencia, á fin de que se justificara amenazándole con la ira de Dios, si reconocía alguna vez á este regicida. A fin de castigarle Alberto, se alió con Felipe el Hermoso, abdicando toda pretension al trono de Arlés, á condicion de que le ayudaría á hacer la corona imperial hereditaria en su casa. Quizá tambien con esta alianza, rodeado de caballería húngara y de coraceros, y arrastrando siempre en pos máquinas de sitio, fué como obligado á los vieneses á que le presentaran con los piés descalzos, las llaves de su ciudad junto al Kalemberg, y rasgó allí los diplomas de sus franquicias. Atacó á los cuatro electores del Rhin, y les obligó á cederle los peajes de este rio, y cuantos privilegios les había dado para que lo eligiesen. El mismo Bonifacio se prestó á reconocerle con especialidad, á fin de dar un superior al rey de Francia; y en cambio se obligó particularmente Alberto á proteger al papa y á no formar ligas en su contra. Añádese que se comprometió á hacer la guerra á la Francia, si el pontífice aseguraba la herencia del imperio á la casa de Austria (3).

(3) Afirma el hecho Alberto de Estrasburgo, escritor contemporáneo. La confirmacion hecha por Bonifacio respira todo el orgullo de este pontífice: *Fecit Deus duo luminaria magna; luminare majus, ut prasset diem, luminare minus ut prasset noctem. Hac duo luminaria fecit Deus ad literam, sicut dicitur in Genesi; et nihilominus spiritualiter intellecta, fecit luminaria predicta, scilicet solem, idest ecclesiasticam potestatem, et lunam, hoc est temporalem et imperialem ut regeret universum. Et sicut luna nullum lumen habet, nisi quod recipit a sole, sic nec aliqua terrena potestas aliquid habet, nisi quod recipit ab ecclesiastica potestate. Licet autem ita communiter consueverit intelligi, nos autem accipimus hic imperatorem solem qui est futurus, hoc est regem Romanorum, qui promovendus est imperator, qui est sol, sicut monarcha, qui habet omnes illuminare et spiritualem potestatem defendere, quia ipse est datus et missus in laudem bonorum et in vindictam malefactorum... Unde hac nota et scripta sunt, quod vicarius Jesu Christi*

Pero los medios que empleó para engrandecer á su familia en Suiza, en Turingia, en Misnia, en Bohemia, le hicieron odioso y le suscitaron oposicion en todas partes. Cuando Juan de Suabia, su sobrino y su pupilo, habiendo llegado á la pubertad le reclamó la herencia paterna, hizo que le regalaran un canastillo de flores. Irritado el jóven se conjuró con otros; y en el momento en que Alberto marchaba contra los suizos que acababan de insurreccionarse al grito de libertad, le dió el golpe mortal. Huyó el asesino, y proscrito por todo el mundo, fué á implorar el perdón del papa Clemente V (4). Isabel, mujer de Alberto, é Inés una de sus veinte y un hijos, vengaron la muerte de Alberto en la sangre de muchas personas: sesenta y tres vasallos de Palm fueron decapitados en un solo dia. Tibaldo de Blamot, que se habia hallado presente al asesinato, fué atado en una rueda, donde sufrió cruelmente por espacio de tres dias, mientras que era atormentada á sus piés su esposa. Inés hasta mataba á los cómplices con su propia mano, y se aprestaba á degollar al niño de un conjurado, si sus guerreros no se le hubieran arrancado de las manos. Luego estas mismas mujeres atroces fundaron en el mismo sitio la abadia de Konigsfel, monumento de venganza en un pais donde se alzaban tantos testimonios de piedad y tantos centros de instruccion. Ofrecieron la direccion de este establecimiento á Strobel de Oftringen; pero el viejo ermitaño lo rehusó diciendo: «Se sirve mal á Dios derramando sangre inocente y dotando á los monasterios por medio de la rapiña. Dios no ama más que la bondad y la misericordia.» (5)

Enrique VII de Luxemburgo—Federico el Hermoso, que sucedió á Alberto en sus dominios de

et successor Patripotestatem imperii a Gracis transtulit in Germanos, ut ipsi Germani, idest septem principes, quatuor laici et tres clerici, possint eligere regem Romanorum, qui est promovendus in imperatorem et monarcham omnium regum et principum terrenorum. Nec insurgat hic superbia gallicana, quæ dicit quod non recognoscit superiorem. Mentiuntur: quia de jure sunt et esse debent sub rege romano et imperatore. Et nescimus, unde hoc abuerint vel adinvenierint, quia constat, quod Christiani subditi fuerunt monarchis ecclesie romanæ, et esse debent... Et attendant hic Germani, quia sicut translatum est imperium ab illis in ipsos, sic Christi vicarius successor Petri habet potestatem transferendi imperium a Germanis in alios quoscumque, si vellet, et hoc sine juris injuria... Electus in regem Romanorum, prius fuit in nubito arrogantia et ignorantia, etenim, non fuit devotus ad nos et ecclesiam istam sicut debuit. Nunc autem exhibet se devotum et promptum ad faciendam omnia quæ volumus et fratres nostri et ecclesia ista... Si autem ipse vellet contrarium facere, non posset: quia nos non habemus alas nec manus ligatas, nec pedes compeditos, quin bene possimus eum reprimere, et quemcumque alium principem terrenum.

(4) El papa le dió la absolucion, si bien poniéndole en manos de Enrique VII, quien le encerró en un convento de Pisa.

(5) COXE, *House of Austria*.

Austria, aspiraba al Imperio; pero los príncipes electores, á quienes asustaban los proyectos ambiciosos de esta familia, dieron la preferencia á Enrique de Luxemburgo, príncipe de pequeño Estado, y que se habia hecho célebre, como caballero en los torneos. Se queria obligar igualmente á Federico á que restituyera el Austria á la casa de Bohemia, pero se presentó á la dieta con tan numerosa comitiva, que Enrique le confirmó en sus posesiones, ya por miedo, ya porque necesitase su auxilio para la expedicion de Italia y para la adquisicion de la Bohemia (6).

A Ottokar II habia sucedido en este reino Wenceslao IV (1278), uno de los príncipes más justos, si es que habia alguno en aquel tiempo, que se proponia hacer redactar un código por jurisconsultos italianos, si no se lo hubieran impedido los grandes, quienes se aprovechaban del desorden de la justicia, y se opusieron hasta á la fundacion de una universidad. Habia aumentado sus dominios de tal manera, que no poseia más su padre antes de ser despojado por los austriacos. Como habia sido electo además rey de Hungría y de una parte de la Polonia, Alberto de Austria (1300-1401), que le aborrecia aun cuando era su cuñado, porque le servia de obstáculo para el engrandecimiento de su casa, le intimó como vasallo que renunciara á sus coronas, y le declaró fuera de la ley del imperio, sin que á pesar de todo llegara á despostrarle.

Cuando murió á la edad de treinta y cuatro años Wenceslao V, su hijo (1305-6), renunciando á la Misnia, compró de Alberto la paz y la investidura de la Polonia y de la Bohemia; pero al poco tiempo fué asesinado. Como en él terminaba la línea eslava masculina, Alberto, sin consideracion á las cuatro hermanas de este príncipe, declaró la Bohemia feudo vacante, é invistió con él á su hijo Rodolfo, con quien se casó Isabel de Polonia, viuda de Wenceslao. Se estipuló que en el caso de que llegara á extinguirse la línea austriaca, los reyes de Hungría heredarían sus ducados y viceversa. Habiendo muerto Rodolfo al poco tiempo (1307), Federico el Hermoso hubiera debido ser su heredero segun el pacto; pero el partido nacional proclamó á Enrique de Carintia, yerno de Wenceslao IV. Como descontentara este príncipe al pais por su codicia y por su rigor, los señores enviaron comisionados á Enrique VII, ofreciéndole la corona de Bohemia, para su hijo, con la mano de Isabel, otra hija de Wenceslao. Fué aceptada la proposicion, proclamado rey Juan de Luxemburgo y destronado Enrique de Carintia (1310). De esta suerte los emperadores enriquecian á sus familias; ya no se trataba de las querellas entre güelfos y gibelinos, del sacerdocio y del Imperio, sino únicamente de las casas de Bohemia,

de Baviera, de Austria, que se disputaban trono y posesiones.

Enrique de Luxemburgo conservaba todavía el ideal del Imperio, mientras los ánimos de todos se habian vuelto del lado práctico, de lo cual resultó que fuese despreciado por la disparidad que habia entre sus proyectos y los medios de realizarlos. Deseaba ardientemente hacer una expedicion á Italia para ostentar la dignidad imperial y su caballeresco valor en otro campo que no fuesen aquellas escaramuzas con los principillos alemanes. En su consecuencia, pasó los Alpes (1311); y segun lo diremos en otro lugar con más pormenores, reanímó en todas partes el bando gibelino, y se hizo coronar rey en Milan y emperador en Roma. Pensaba en reunir toda la Italia, y quizá en fijar allí su residencia; pero durante las guerras que hizo con diversas alternativas en aquel territorio, se halló siempre escaso de dinero. Marchaba contra Roberto, rey de Nápoles (1313), que se hallaba á la cabeza de los güelfos cuando murió en Buonconvento.

Luis V.—Federico el Hermoso se presentó como candidato para sucederle, á la par que el partido de Luxemburgo favorecia á Luis de Baviera. Dividióronse los sufragios, y resultó de aquí una doble eleccion. Luis fué coronado en Aquisgram, y Federico en Bonn. Durante ocho años, la guerra civil ensangrentó las orillas del Rhin y del Danubio; pero al fin Federico, vencido en Muhldorf, donde peleó con la coraza dorada y el águila imperial en la cimera, cayó prisionero (1323). Leopoldo, su hermano, sostuvo todavía algun tiempo su partido; pero viendo que no podia conservar la corona á su casa, llegó hasta ofrecérsela al rey de Francia. Careciendo Luis el bávaro, aunque victorioso, de dinero, procuró ganarse amigos y poder, distribuyendo los feudos del Imperio; pero se lo estorbaron sus largas disputas con el papa Juan XXII. Este pontífice no quiso reconocer al uno ni al otro César, y considerando el Imperio como vacante, se creyó en el derecho de nombrar un vicario, no sólo para la Italia, sino tambien para la Alemania.

Designó á Roberto de Nápoles para ejercer estas funciones en Italia, y envió al cardenal del Poggeto como su legado. Pero las tropas de Luis vencieron á los parciales del pontífice. El papa mandó entonces fijar en las puertas de Aviñon, donde residia, un *proceso* contra el bávaro, por haberse abrogado el título de rey de romanos antes de que el papa hubiera examinado su eleccion y le hubiera reconocido por legitimo soberano, usurpando así los derechos de la Iglesia, á la cual pertenecia administrar el Imperio vacante. En su consecuencia, se le intimaba, bajo pena de excomunion, dimitir el gobierno y anular todo lo que habia hecho como rey de romanos. Luis protestó contra este acto, y apeló de él al futuro concilio; pero distribuida por millares la declaracion del papa, perturbó las conciencias, y sembró grande

(6) W. DONIGES.—*Hacta Henrici VII*. Berlin, 1849.